

El final del mundo rural. Ciudad y despoblación al comienzo del milenio

Rufino Acosta Naranjo

Introducción: pasado y presente de las relaciones pueblo-ciudad.

Las diferencias y las relaciones dinámicas entre campo y ciudad han sido una constante histórica, y digo histórica porque es convención que el paso de la Prehistoria a la Historia acontezca precisamente con el surgimiento de la ciudad en el Neolítico, y sea a partir de ahí que se hable de civilización. Cosa bien distinta es que a menudo se nos olvide que la mayor parte del tiempo que la humanidad ha habitado el Planeta ha transcurrido por ámbitos preurbanos. Sea como fuere, la aparición del fenómeno urbano dio lugar a la distinción de lo rural que, con evidentes diferencias de escala y significación, perdura hasta los tiempos presentes, pero no sabemos si después de hoy podremos seguir hablando de tal dicotomía habida cuenta del sangrante asunto de la despoblación.

Muchas han sido las épocas históricas en que se ha hablado de finales en el mundo rural, y todas ellas han traído como consecuencia paradójica una revitalización y efervescencia de reflexiones e ideas en torno al objeto en desaparición pues, como suelo decir, toda miseria genera sus profesionales. En efecto, a finales del siglo XIX y principios del XX el populismo ruso, los folklorismos y diversos nacionalismos tenían un algo de retorno a raíces o esencias que se decían en declive debido a las dinámicas de industrialización. Ya fueran los populistas rusos, los nacionalistas alemanes o vascos, los folkloristas en toda España y otros países y los antropólogos de diverso pelaje y condición, todos se hicieron visibles en su rescate de un mundo que barruntaba su ocaso. En todo ello podemos discernir perspectivas ideológicas tanto reaccionarias como

revolucionarias, fiando la materialización de los proyectos políticos a sujetos sociales que se suponían opuestos a la ciudad, el capitalismo, el comunismo, la modernidad o cualquier otro demonio identificado por los defensores de lo que creían sólidos valores espirituales o comunitaristas. Más allá de lo certero de sus diagnósticos y lo razonable de sus propuestas, hay que señalar dos cosas al menos. Por un lado, se creó un corpus teórico y un inventario de formas de vida que nutrieron, por la parte que nos toca, la Antropología y la Sociología Rural, entre otras cosas a partir de la Antigua Tradición de los Estudios Campesinos. De otra parte, el proceso de urbanización e industrialización y mudanza cultural prosiguió imparable su camino.

Desde la modernización, tanto liberal como marxista, el siglo pasado fue avanzando al paso de la idea de la desaparición del campesinado, hasta que en los años cincuenta y sesenta algunas evidencias vinieron a cuestionar la autenticidad de su acta de defunción. En efecto, los campesinos tuvieron un evidente protagonismo en las revoluciones china, vietnamita o cubana, lo que dio que pensar a los intelectuales, conformándose la Nueva Tradición de los Estudios Campesinos, con Palerm, Hobsbawn, Galeski, Shanin, Newby o Sevilla Guzmán como destacados representantes. Se decía que, a pesar de la arrolladora dinámica de subordinación de los campesinos al capitalismo, estos seguían existiendo y manteniendo sus lógicas productivas, sociales, ecológicas y políticas, subsumidos formal pero no realmente al modo de producción dominante. Se acuñaron distintos conceptos de campesinado, como categoría sociohistórica, en ocasiones de manera abierta, hablando de grados de campesinidad, y se clamó por la recuperación de las formas de manejo campesinas como garantía de sustentabilidad en un mundo en que la crisis ecológica era evidencia de otra crisis, la civilizatoria, de la que precisamente la industria, la ciudad y sus metabolismos eran los principales responsables. Más allá de la pérdida de centralidad económica, los servicios de los ecosistemas, y los de los agroecosistemas campesinos muy principalmente, parecían un activo y una moneda fuerte en las relaciones de intercambio entre campo y ciudad. Ante la evidencia de la absorción de la agricultura por la agroindustria, frente a la constatación de la pérdida de la mayor parte de los rasgos de la campesinidad por parte de los productores rurales de los países del Norte, se aducía que en el Sur la mayoría de los agricultores conformaban sociedades campesinas.

En la segunda mitad del siglo pasado el campo y el pueblo siguieron existiendo en Europa, a pesar de que los antiguos campesinos devinieran en agricultores, en pequeños propietarios rurales. Eso fue así aun cuando se diera

un fuerte proceso de emigración rural, de disminución de la población activa agraria, de mecanización e industrialización, y de que ciertas áreas concretas, especialmente de montaña e interior, se encontraran con un grave problema de vaciamiento. Es este precisamente el mal que se generaliza en Europa, y en nuestro caso en España, entrados en el tercer milenio y, al igual que sucedió en los anteriores finales anunciados de lo campesino, resurge un interés por lo rural que había estado mortecino en las Ciencias Sociales, las cuales habían dejado de ocuparse de la agricultura y el pueblo, centrándose si acaso levemente en la dimensión ambiental o paisajística del agro.

A mediados de la segunda década del presente siglo, y todavía inmersos en los efectos de la crisis financiera de 2008, empiezan a aparecer títulos que suponen una campanada en el universo de los libros, empezando por aquellos que giran en la órbita de la literatura o la crónica. Es cuando Sergio del Molino acuña el término de la España vacía, que luego se reetiqueta como vaciada, y surge como subgénero una literatura que María Sánchez denomina sepultura, por cebarse en las parte más tristes, negativas y paralizantes de las comunidades en despoblación. A este respecto, conviene no olvidar que España es, tras Estados Unidos, el segundo país del mundo donde más dinero mueve el negocio funerario.

Bromas aparte, esta situación supone un salto, no solo cuantitativo, sino cualitativo demográficamente. Las ciudades no han dejado de crecer en Europa Occidental desde el Neolítico, excepción hecha del final del imperio romano, y ha sido debido tanto a su crecimiento vegetativo interno como a la emigración desde el medio rural. Ahora bien, campos y pueblos, gracias a sus dinámicas de natalidad y mortalidad, mantuvieron, y a veces hasta aumentaron, sus efectivos demográficos durante la Revolución Industrial e incluso durante la Revolución Verde, aunque a partir de esta última comenzó claramente su declive. En el actual siglo se ha acelerado no solo la emigración, sino el envejecimiento de la población y el descenso de la natalidad, con lo cual se ha generado un crecimiento vegetativo negativo que pone en peligro la continuidad física de muchas localidades, mucho más allá del claro proceso migratorio.

Hay una metáfora de la percepción del paso tiempo, que se percibe más vertiginoso cuando se es más viejo, según van quedando menos años de vida, y es la del lavabo, cuyo fluir del agua apenas se nota cuando está lleno pero, cuando ya sólo restan unos dedos, sobre el agujero de desagüe aparece un frenético vortex. Algo parecido puede decirse del proceso de pérdida de pobla-

ción en los núcleos rurales: ahora, cuando quedan pocos, es cuando vemos lo dramático y quizás irreversible de la dinámica.

Sea como fuere, la despoblación ha entrado en el imaginario cotidiano de toda la sociedad y en la agenda política. Los programas electorales hacen todos referencia a ello y se habla de la necesidad de un gran pacto ante lo que se ha definido como un problema de Estado, incluso ha irrumpido en el Parlamento una fuerza política que tiene por una de sus banderas la batalla contra la despoblación. Nadie niega la importancia de la despoblación y todos se lamentan por ello, o al menos aun nadie se ha pronunciado en el sentido de que resulte algo inevitable y que la pérdida del mundo rural no sea de lamentar. Pero, a día de hoy, no existe una estrategia política definida ante el fenómeno, entre otras cosas porque la magnitud y velocidad del proceso no se ha revelado hasta fechas muy recientes. No es extraño por tanto que no existan protocolos de actuación ante la falta de un diagnóstico certero de las causas y, por tanto, de los remedios al padecimiento. No quisiera que esto sonara a justificación de la pasividad de la sociedad y las administraciones, o una invocación del adagio de “a la parálisis por el análisis”. Lo que pretendo decir es que, en este caso concreto, hace falta plantearse seriamente un diagnóstico del fenómeno de la despoblación a escala global y a la vez local, puesto que se toca mucho de oído, siguiendo un supuesto sentido común, unas apreciaciones que se dan por evidentes o lógicas sin que se hayan sometido a la contrastación de los datos, sin saber cabalmente los motivos reales del abandono y las razones y discursos de los que deciden marcharse de los pueblos.

A la espera de un conocimiento más solvente de todo ello, me propongo aquí, sencillamente, hacer unas observaciones acerca de ciertos diagnósticos tópicos y a salto de mata, y que tienen que ver con las infraestructuras, los servicios, la educación o el empleo.

En primer lugar, es corriente aducir que el problema de la despoblación del medio rural deriva de la falta de infraestructuras y es, por tanto, la dotación de las mismas la solución que lo frenaría. Aunque pueda parecer un poco burdo y demagógico, porque correlación no implica covariación y causalidad, la despoblación ha ido en paralelo precisamente a la mayor dotación de infraestructuras y, en algún caso concreto que expondré más adelante, las infraestructuras son la rampa de despegue o la lanzadera del vaciamiento del agro. La despoblación como fenómeno evidente comenzó en España mucho antes de la dotación de las infraestructuras más relevantes en cuanto a carreteras, por ejemplo, pero el desarrollo de las mismas no ha frenado la tendencia, sino que

en muchos casos la ha acelerado. Hoy en día, el medio rural, al menos en el sur de España, que es la realidad que más conozco y he estudiado, dispone de las mejores dotaciones de infraestructuras para el transporte, redes eléctricas, telefonía, agua corriente, saneamiento, pavimentación, instalaciones deportivas y de otro tipo de toda su historia. Por las necesidades de densidad de población es evidente que nunca el medio rural podrá tener las mismas que la ciudad, con lo cual, la competencia con la urbe en este sentido es absurda.

En cuanto a los servicios, podemos decir algo parecido, ya que se ha dotado al medio rural de algunos de ellos de suma importancia, como podemos ver en el caso de la educación, sanidad o servicios sociales. El Estado de Bienestar se fue implantando en España sobre todo a partir de los años ochenta y ha seguido avanzando, aunque los recortes de la crisis financiera de 2008 han dejado su huella y siguen afectando a un buen número de personas. En el sur de España, los tan criticados subsidios de desempleo y las obras del PER/AEPSA y sus sustitutos garantizaron lo que ahora se puede llamar una renta básica a quienes sufrían los efectos tanto del sistema latifundista meridional como del proceso de modernización de la agricultura. Algo parecido podemos decir de las subvenciones de la Política Agraria Común respecto de los propietarios. Unos y otros lograron mejorar las rentas de la población rural, a la vez que facilitar infraestructuras al medio y ralentizar el declive demográfico.

A nadie se le escapan tampoco los efectos perversos que todo ello ha tenido. Por una parte, los subsidios y el sistema que daba acceso a ellos generaron cierta corrupción, clientelismo y dependencia del Estado, que en mi opinión ha devenido relativamente escasa habida cuenta de la transversalidad de las prácticas, de la generalización de las dinámicas independientemente de la fuerza política que gestionara el sistema. Hablar de voto cautivo es una exageración, y los resultados electorales así lo prueban. Votar de acuerdo a las opciones que favorezcan los intereses personales y económicos propios es una práctica universal, tanto en trabajadores como en empresarios, o en cualquier otro colectivo. Sin embargo, lo más lesivo del sistema de subsidios tal como se ha desarrollado es, desde mi punto de vista, la acomodación y la inhibición del emprendimiento, por un lado, y del espíritu crítico, por otro. En efecto, la sociedad volvió acomodaticia, falta de alicientes para innovar en el propio territorio y la actitud de cuestionamiento y denuncia decae si se está inserto en alguna modalidad de componenda.

En cuanto a las subvenciones de la PAC, han terminado en muchos casos favoreciendo a los propietarios con más tierras y recursos, y en buena parte a

no residentes en el medio rural, drenándose en gran medida hacia el consumo suntuario en las ciudades.

Finalmente, no son pocos los lugares del sur donde se ha invertido mucho dinero en infraestructuras ociosas, subutilizadas, que se hacían porque, si no, se perdía el dinero disponible para ellas, pero sin que hubiera necesidad real. Pienso en muchas instalaciones deportivas, casas de la cultura, mercados, centros de interpretación, museos y edificaciones de toda laya, en algunos casos semiabandonados o generando gastos de mantenimiento inasumibles.

En el sur, las condiciones de vida y los ingresos de los que se quedaron en los pueblos mejoraron notablemente en el último tercio del pasado siglo y el inicio del actual. La juventud tuvo acceso a los estudios, de tal manera que el nivel de instrucción mejoró notablemente, y fue un mecanismo de movilidad social sin precedentes. Eso sí, a escala nacional, las zonas rurales fueron incrementando en negativo su diferencial de rentas con las áreas urbanas.

En cuanto a la tercera razón que se aduce para explicar la emigración, la del empleo, sí que es innegable un retroceso como resultado de la modernización agraria, ya sea como consecuencia de la sustitución de mano de obra por tecnología, por abandono de actividades productivas en zonas con pocas aptitudes o por extensificación, como sucede con amplias zonas de sierra o de dehesa en Extremadura y Andalucía. Ahora bien, la realidad del campo es muy diversa, con espacios agrarios que ofrecen ventajas comparativas desde el punto de vista de la productividad y el clima en los que se ha desarrollado una agricultura intensiva y/o mecanizada y muy demandante de mano de obra, como las tierras de invernaderos o cultivos bajo plástico de Almería, Huelva o las Vegas del Guadiana. A la hora de comparar los procesos que tienen lugar en pueblos y campos de Europa, por ejemplo, es preciso tener en cuenta que España es por lo general un país relativamente pobre desde el punto de vista de la productividad del agro, excepción hecha del Valle del Guadalquivir o Ebro. Las tierras de nuestras montañas y mesetas tienen un potencial muy limitado, comparado con el mundo de la agricultura centroeuropea por ejemplo, tanto por suelo como por clima, lo que repercute finalmente en la capacidad de producir y dar empleo.

Sin embargo, y junto a todo ello, hay que tener en cuenta que ha habido también un proceso de diversificación productiva en el medio rural, que se ha terciarizado en parte, aunque muy lejos del desarrollo de este sector en las ciudades. Encontramos ahora empleos en la Administración, el turismo rural, la hostelería y otros servicios que antes no existían en esa medida, si bien es

cierto que en las poblaciones de menor tamaño se ha dado una desaparición de actividades de pequeños talleres o artesanías, compensada en ocasiones con la creación de pequeñas industrias en polígonos industriales de pueblos, especialmente en los de mayor tamaño.

He desglosado estos rubros relativos a infraestructuras, servicios y empleo para intentar hacer ver que, aun siendo ciertas las carencias relativas, la razón por la que retrocede la población hasta umbrales preocupantes no son estas, o no son solo estas que se aducen de falta de dotación de recursos y de posibilidades vitales. El desarrollo de infraestructuras, servicios, educación y la oferta de algunos tipos de puestos de trabajo que ha tenido lugar en los pueblos del sur de España ha traído como consecuencia la emigración a las ciudades o a las cabeceras comarcales. Esto lo podemos ver ejemplificado en la cantidad de enseñantes, sanitarios, veterinarios, personal administrativo, trabajadores sociales, empleados de la banca, etc., de personas en definitiva que han adquirido una formación gracias al desarrollo del sistema educativo y a la mejora del nivel de renta en nuestro país y que cada día se desplazan al medio rural, a través de la importante infraestructura de autovías y carreteras que se ha creado, para ocupar puestos de trabajo en el campo o el pueblo. Si bien puede ser cierta la correlación que establece Camarero de que donde hay más despoblación es donde hay menos infraestructuras, que las carreteras actúan como una suerte de pegamento, en el sur de España y para estos perfiles profesionales, las carreteras no son un factor de retención de población, sino más bien una pista de despegue. En lugar de permitir a la gente de los pueblos ocupar empleos en las ciudades, ha ocurrido lo inverso, gente que reside en la ciudad, mucha de ella nacida en pueblos, realiza su trabajo allá y vuelve cada día a la urbe. Eso mismo sucede con trabajadores del campo que viven en cabeceras comarcales o incluso en ciudades pequeñas. A este respecto es significativo lo que se puede comprobar lejos del sur, por ejemplo en capitales de provincia castellanas, donde residen propietarios o arrendatarios de fincas que las trabajan aun viviendo en la ciudad.

También resulta paradójica la situación de algunas provincias en las que, a pesar de existir una bolsa de paro crónica en los pueblos, quienes se desempeñan en tareas agrícolas en zonas de agricultura intensiva son trabajadores inmigrantes. Las generalizaciones son odiosas e injustas, pero todo ello nos pone de relieve una realidad: la mayoría de la población no quiere vivir en el medio rural. Muchos jóvenes prefieren engrosar las listas del paro o del precariado urbano en lugar de trabajar en el campo o el pueblo. Aunque no sea una gene-

ralidad, hay empleos en fincas de dehesa que cuesta trabajo ocuparlos, a pesar de no estar mal retribuidos, al contrario de lo puede suceder con repartidores de Globo o Deliveroo en las urbes.

Hace meses escuché a un político septentrional decir que, si en su región hubiera buenas carreteras, un médico, por ejemplo, viviría en el pueblo y trabajaría en el hospital de la ciudad, porque la calidad de vida era mucho mayor. La realidad demuestra lo contrario: cuando las carreteras eran malas y llegar a la ciudad era un suplicio, los médicos vivían en los pueblos. Por cierto, que en el siguiente programa de televisión en que lo vi departir, el dirigente decía que a pesar de que todos los pueblos de su región estaban a menos de 45 minutos de la capital, la gente no quería vivir en ellos, y había que revalorizar la imagen de la vida rural. Traigo esto a colación no con ánimo de zaherir por la celeridad del cambio opinático, sino como evidencia de que aún no se tiene un diagnóstico del problema y las apreciaciones son más cambiantes que en otros asuntos, a medida que el debate se ensancha e intensifica.

Como en tantos otros, en todos diría, los asuntos en que la humanidad se debate, en este también hay que tener en cuenta las dimensiones tanto materiales como las ideáticas. Existe una base económica que pueda dar cuenta del despoblamiento, pero no es necesariamente la única con virtualidad causal, puesto que los imaginarios de los diferentes universos son igualmente potentes y explicativos, y se retroalimentan con los procesos materiales. Para nuestro caso, tiendo a pensar que la dinámica de concentración por razones económicas es la fuerza motriz y, así, una vez expandida la realidad del imperio urbano, tiende a desarrollar, por activa o por pasiva, un relato de esa superioridad moral sobre los espacios no urbanos que se enseñorea en las mentes de manera ubicua y conforma el urbanismo como ideal de buena vida y timbre de prestigio.

La expansión del fenómeno urbano y la hiperconcentración

Como ya dijera hace mucho Harvey y Castells, lo rural y lo urbano son formas espaciales resultado de procesos de concentración que favorecen y se ven favorecidos por las lógicas del capitalismo avanzado. Apuntaban ellos las necesidades de consumo colectivo, de bienes y servicios, como una de las razones de estas formas. La crítica a estos planteamientos marxistas tenía que ver con el olvido de otras dimensiones, especialmente del papel de los agentes institucionales y grupos sociales en el favorecimiento de estas dinámicas. Lo cierto y

verdad es que el desarrollo de la sociedad industrial y de la ciudad han ido de la mano, y que en la sociedad posindustrial la urbanización no ha hecho más que aumentar exponencialmente. Una economía de servicios requiere de mayor concentración para la prestación de los mismos y la sociedad de la información acentúa el fenómeno. Si bien pudiera pensarse que los mundos digitales y virtuales, la abolición del tiempo temporal y del espacio de los lugares, podría suponer la ruptura de las brechas entre la ciudad y el pueblo o el campo, lo cierto es que la tendencia es inversa. En esta economía, posfordista, globalizada y financiarizada, las metrópolis favorecen y son favorecidas por la referida densidad y las sinergias que esta conlleva. La fotografía de un puerto colmado de contenedor recortándose contra el perfil de enormes rascacielos corporeiza un mundo de mercados globales y flujos tensos en que la población se concentra en megaciudades y en zonas costeras. La desregulación y flexibilización posfordista requiere de cambios continuos en los productos y servicios, lo que exige una absoluta disponibilidad de mano de obra, cualificada o no, y permanentemente a tiempo, y una vez más, la concentración urbana hace más posible esa destrucción creativa como fundante de la Sociedad de la información.

Los procesos de concentración y periferización podemos observarlos como lógicas fractales sobremodernas, que se plasman en formas espaciales y dinámicas económicas y demográficas que van de lo micro a lo macro. Como paradigma de cuanto decimos, frente a la mosaicidad que caracterizaba al territorio anterior a la modernización agraria, podemos ver hoy en día en cualquier espacio de Sierra Morena cómo la dehesa se ha simplificado, cómo la inmensa mayoría de las infraestructuras, equipamientos y maquinaria de una finca se concentra en uno o dos puntos del predio, así como en muchos casos también lo hace el ganado. En las zonas llanas y centrales constatamos una concentración de animales, y pastoreo o cebo intensivo, y algún laboreo si es el caso. La dehesa aquí se fosiliza y la falta de renuevo de la arboleda es una gran amenaza. Por el contrario, en las zonas con pendiente y/o más alejadas, la intensidad es mucho menor, y se matorralizan o asilvestran, se pierden los pastos, apenas hay manejo.

Pero lo mismo que sucede al interior de las fincas podemos decir entre fincas de un municipio, dependiendo de la calidad de sus suelos y de la pendiente y, así, áreas llanas y con mejores suelos se convierten en zonas de cultivo intensivo y las más montañosas devienen marginales, a veces semiabandonadas. Y algo parecido se aprecia asimismo a escala comarcal, por ejemplo en Tentudía, en que hay municipios que intensifican la actividad agraria en la penillanura

extremeña y otros de la sierra cuya vocación casi exclusiva es la ganadería, abandonando antiguos agroecosistemas en crisis.

El modelo se repite en la escala regional y nacional. Las sierras se convierten en áreas cada vez más agrestes, especializadas funcionalmente en actividades forestales o ganaderas, pero también en la producción de naturaleza supuestamente salvaje, paisaje o ámbito de plasmación de imaginarios sociales relativos a la autenticidad, tradición, lo vernáculo, la otredad y la alocronía. Los espacios naturales protegidos suelen concentrarse precisamente aquí, donde, además, se produjo hace décadas una desindustrialización, con la crisis de las manufacturas locales, como por ejemplo las del corcho o los talleres de pequeña escala y diversa condición. En Andalucía encontramos, en contraste con las sierras, espacios intensamente explotados, como las campiñas y vegas del Valle del Guadalquivir, el poniente almeriense o la zona costera de Huelva, mundo de invernaderos o cultivos bajos plásticos.

Los paisajes rurales son por tanto sumamente diversos y algunos de ellos han perdido la condición de tales por otra especialización del espacio, cual es el caso de la urbanización masiva de la costa, donde se concentra un turismo de sol y playa y de fortísima estacionalidad. Algo parecido podemos decir a escalas mayores, en las que no entraremos por bien conocidas, como la especialización agraria o minera de los países del Sur, suministradores de materias primas frente a las producciones industriales y de servicios del Norte global.

En cuanto al poblamiento, la homología es también evidente, ya que funcionan procesos análogos. La población que vivía en diseminado en cortijos y casillas del sur ha desaparecido en su práctica totalidad y, así, quienes trabajan el campo no viven en él, sino que se fueron a los pueblos. Muchos de los que habitaban en estos últimos emigraron a las cabeceras comarcales, que son las que ahora crecen o pierden menos población. Pero también desde estas últimas hay emigración a las capitales provinciales o regionales, y de estas a las ciudades más grandes del país. Incluso desde las metrópolis españolas hay emigración a grandes urbes europeas o norteamericanas. Además de la movilidad social de clase pareciera que hay una nueva movilidad social. Al prestigio de estatus de clase se añade el prestigio de hábitat, de ser más por vivir en una ciudad mayor, más cosmopolita o más lejana. Como decimos, aunque sea para engrosar el precariado, se prefiere un hábitat urbano como forma de vida y realización personal.

Ante eso, luchar por un mundo rural vivo es una suerte de quijotada o defensa de las Termópilas. Evidentemente, todo esto no es un resultado natural,

autoevidente, no hay una mano invisible que conduzca a ello y lo haga ineludible, requiere de políticas y arreglos institucionales que creen las condiciones, políticas, legales y de dotación de servicios e infraestructuras necesarias para que tal fenómeno se desarrolle plenamente, y de la construcción precisamente de un relato que lo revele como natural. Estamos ante lo que Rafael Sánchez Ferlosio denominó fatalidad sintética, refiriendo el sustantivo a un destino marcado y el adjetivo, a que no es natural, sino construida por los humanos, que emulando la naturaleza elaboran productos sintéticos.

En la construcción de ese relato de la inevitabilidad, eficiencia y deseabilidad de lo urbano en un contexto económico tal es en lo que pienso cuando intento explicar por qué se desdeñan vida y empleo en el rural para optar en no pocos casos por el anteriormente referido precariado o incluso por la marginalidad en un mundo urbano, cual cowboys de medianoche.

El imaginario sobre lo rural, el desanclaje y la lucha por un nuevo relato

Como hemos dicho antes, el campo no es un atractor de población. El fenómeno de la contraurbanización y la presencia de neorrurales no es algo significativo, salvo en ciertos lugares con una capacidad para una fuerte imantación de imaginarios sobre idílicos rurales, historia o identidad, usualmente en zonas de montaña próximas a grandes áreas metropolitanas, que surta de ese mínimo excedente demográfico que posea unas características poco usuales. Por otro lado, el commuting, como ejemplificamos, suele ser inverso al que se esperaba, pues se trata de recorridos diarios desde la ciudad al pueblo a trabajar. No veo en el horizonte próximo de la España del sur un paisaje rural como el que dibuja Houellebecq en una de sus visionarias novelas diseccionadoras del mundo posindustrial, *El mapa y el territorio*, en que presenta unos pueblos y campos franceses convertidos en una suerte de parque temático, histórico-cultural, de pueblos superferolíticos, pluscoamperfectos, y quizás teletúpicos, ideales para sucesivas hornadas de extranjeros con un alto nivel de renta. En el caso de España, podríamos decir que el medio rural ha atravesado las fases de campo, naturaleza, paisaje y chroma. No hace mucho tiempo que hablábamos del campo, tanto en la ciudad como en el pueblo, siendo para algunos, como Max Jacob a principios del siglo XX, ese horrible lugar donde los pollos se pasean crudos, y de todos es sabido que los pollos ya no pasean, sino que se crían en granjas donde están inmovilizados y sin tocar el suelo. El campo era un lugar vivo, lleno de actividad y espacio de trabajo. Posteriormente, con la in-

dustrialización, urbanización, creciente artificialización y deterioro ambiental, empezó a aparecer con fuerza en el imaginario la idea de naturaleza, ubicada en esos lugares alejados de las ciudades donde se corporeizaba el imaginario de un ámbito prístino e incontaminado por las actividades y construcciones de la sociedad contemporánea y las ciudades inabarcables. Que existiesen esos territorios, preferentemente declarados espacios naturales protegidos, parecía algo deseable, no únicamente por su valor de existencia sino ahora también por los servicios de aprovisionamiento, de regulación y culturales, lugares de ocio e inmersión esporádica en la susodicha naturaleza. Luego vendría la idea trending de paisaje que, como nos enseñó Raymond Williams, suponía una mirada exterior, de alguien que no está inmerso en las actividades agrarias ni se pierde en la naturaleza, sino que contempla la escena con cierta perspectiva, como el paseante por ejemplo, con un disfrute de vistas. Exagerando algo, me planteo si la fase siguiente no es la del *chroma*, la de una naturaleza o paisaje que no requiere ya la participación a través del trabajo, de la inmersión o la mirada distante, sino que el espacio rural devendría en una especie de imagen proyectada al fondo sobre la que puede discurrir alguna acción o diálogo entre actores, como ha sucedido y sucede en muchas películas para recortar presupuesto o como licencia estética, mucho más aún con el desarrollo de la infografía y la realidad virtual. Si el turismo rural ha participado de las dos categorías anteriores, de naturaleza y paisaje, en no pocos casos hoy en día las prácticas turísticas a veces se limitan a la estancia en una casa que suponga la plasmación habitacional y escenográfica de todos los atributos imaginados de ruralidad, autenticidad y mundo vernáculo que más se alejen del universo actual y urbano. Es frecuente, por ejemplo, la estancia de familias o amigos en un alojamiento rural al que llevan la comida adquirida en un gran centro comercial de la ciudad, los juegos y entretenimientos y la materia propia de conversación, con ocasionales, a veces anecdóticas, salidas al pueblo o al campo y vuelta al campamento base del establecimiento, a veces sin necesidad de interactuar con los locales gracias a aplicaciones como WikiLoc para ciertas razzias experienciales. Si lo comparamos con los universos literarios de obras como *Danton Abbey* o *Retorno a Brideshead*, incluso con *Los Amigos de Peter*, vemos cómo los personajes y sus problemas poco tienen que ver con la realidad agraria o rural, pero en la actualidad el acceso de los personajes al medio se habría en cierta manera democratizado a través del turismo, como en otro tiempo sucedió con el grand tour de las élites europeas por el área circunmediterránea. Estos contactos con lo rural cargados de profilaxis y la idea de paisaje de fondo o *chroma* nos dan

una idea de cuál es la representación y vivencia de lo rural por parte de amplios sectores de la población.

Quizás hoy el turismo rural cumpla la función que la literatura con tema rural cumplía antaño, de vivencia vicaria de ciertos universos, de inmersión en un mundo sin necesidad de intermediación del escritor, con una dimensión de agencia por parte del público, que de lector a pasa a turista. Por otra parte, y volviendo a mi referencia inevitable que es Raymond Williams y su obra *El campo y la ciudad*, para la producción de tales textos se precisa como autores a gentes que proyecten a través de la literatura sus experiencias individuales, o más bien de clase, mediante el relato y la creación de los universos de lo rural, preferentemente en la forma de nostalgia. Esta implica un dolor por el pasado, una pérdida, y ello es esperable en quienes han perdido algo, usualmente unas formas de vida, relaciones sociales o valores morales, reales o imputados, a los que suelen afincar precisamente en el mundo campesino o rural frente a las perversiones o decadencias que quienes escriben atribuyen a la contemporaneidad, ejemplificada en lo urbano.

Si nos fijamos en la novela y poesía española de un siglo a esta parte, podemos comprobar una casi absoluta evanescencia, evaporación de lo rural, especialmente a partir de los años ochenta del pasado siglo. Tiendo a pensar que en ello tiene que ver, por una parte, con la pérdida de importancia económica y demográfica de la agricultura y la población rural en el conjunto del país, la menor vinculación con el campo y el pueblo de una población eminentemente urbana, pero también con el desprestigio referido que lo rural tiene, ya que la gente de pueblo no es ni sujeto social de ningún proyecto político, como en ciertos nacionalismo o ideologías revolucionarias, ni tampoco paradigma de valores morales ante la modernidad. Ello en parte tendría que ver con la propia condición de nostalgia y cambio, con el triunfo, más bien con la goleada, de Heráclito. En efecto, en un contexto de espacios virtuales, de enculturación en el mundo de los videojuegos entre los millennials por ejemplo, en contextos de narración futuristas, hipertecnológicos, es poco esperable que la vida rural sea referente de nada. La permanencia, la quietud, los ritmos lentos del campo y la naturaleza han quedado superados, ni siquiera se requieren como contrapunto del spleen o el vértigo, de la velocidad que clamaban los primeros escritores de la contemporaneidad ya plenamente urbana del siglo pasado. El cambio es un valor en sí mismo, la destrucción creativa es guía, santo y seña de la sobre-modernidad y la obsolescencia, motor de todo tipo de mudanzas. Todo ello ha sido asumido como parte del hábitus de la inmensa mayoría de las gentes. Lo

que se deja atrás representa lo antiguo, y un lastre ante el cambio y la adquisición de novedades, materiales o no. No hay lugar para la nostalgia, ni por tanto para universos que la residencien. La movilidad y el desanclaje, de los lugares y las cosas, son requisitos para la nueva supervivencia. El sentido del lugar, se nos ha dicho siempre, al igual que sucede con la proxemia, son indeclinables, pero múltiples hechos ponen en duda este aserto.

En efecto, España, y Europa en general, ha terminado asumiendo el modelo ya extendido, por ejemplo, en los Estados Unidos, de continua movilidad, de desapego de los lugares, de falta de continuidad en la residencia. Vemos así a individuos que han transitado en sus biografías por localidades distintas a aquellas en las que nacieron o a aquellas donde residen sus familiares. Aunque la mayoría de los españoles aún no se ajuste a estas características, el paradigma es este. Los programas Erasmus se adelantaron en ello, en parte como conformadores de una identidad europea y una manera de establecer lazos transnacionales en pos de un proyecto de entidad política y cultural unificada, pero también, y más relevante para cuanto aquí tratamos, han devenido en el ejemplo de movilidad académica previa a otra movilidad laboral, con establecimiento de lazos con otros lugares, con adquisición de una mentalidad cosmopolita que trascienda lo nacional y lo local. La crisis del 2008 vino a dar un empujón relevante a esta movilidad laboral, habida cuenta de la incapacidad del mercado de trabajo español de acoger a las generaciones de jóvenes mejor formadas de la historia, algunos de ellos procedentes precisamente del medio rural.

Una de las características de la cultura española, con su traslación al ámbito político-institucional, era la del acendrado localismo, y del sentimiento del lugar propio como una causa y consecuencia de una fuerte identidad y vivencia de lo local. Si esto podía suponer para la cultura y la acción política una seria limitación en cuanto a la conformación de un sistema democrático y representativo de escala nacional, tenía también la virtud de dotar a las gentes de sólidas referencias como brújula en la vida. Las solidaridades comunitarias y la fuerza del paisanaje y la tierra gozaban una enorme fuerza, dictando en muchos casos las lógicas de residencia y las redes de relaciones, a menudo bastante opresivas y limitadoras de la libertad personal y los sueños, digámoslo también. La modernización del campo, la emigración de los años sesenta y el desarrollo de la cultura de masas hicieron su mella en todo ello, desde luego. Un fantástico ejemplo, en todos los sentidos, de cuanto aquí decimos es la novela de Muñoz Molina *El jinete polaco*, donde con notabilísimo talento, tanto de escritor como de fabulador, desgranaba los sentimientos personales y las

realidades sociológicas de una cultura y un mundo rural que ya oteaba el horizonte de su ruina ante el deslumbramiento de la urbe y el cosmopolitismo. Si queremos entender el proceso de desapego de lo rural vivido y analizado desde sus propios fundamentos por alguien que viene de él, creo que no hay obra en la literatura española que lo describa mejor y que haya dejado tan sutilmente en evidencia los pilares del descrédito del campo y el pueblo. El escritor de Úbeda dejó impresas en su obra valiosísimas notas para una posterior autopsia de todo un universo.

Hoy en día lo rural ha casi desaparecido del panorama literario de altura en que se refleje la contemporaneidad de los pueblos. Autores del perfil de Delibes, Luis Mateo Díez o Llamazares nos aparecen hoy en día como un registro lejano. En el caso de Extremadura, quizás sea Jesús Carrasco el único que haya rebasado las fronteras regionales, pero para mostrarnos unos escenarios tremendistas, otro Pascual Duarte en el nuevo milenio.

Todo proyecto precisa de un relato, y el de la revalorización de la vida rural tiene una urgencia histórica. Este tiene que ofrecer referencias e ilustrar la contemporaneidad de un modo de vida que esté lejos tanto de las estampas de idilio y bucolismo, de la evocación de lejanos e irredimibles veranos de la infancia, como de la España negra o los universos opresivos, aislados y en vías de extinción, cuya némesis sería la despoblación. Que más que de pérdidas nos hable de hallazgos y de persistencia, de cambio, adaptación y modelos de vida libremente elegidos como una alternativa a la uniformización, que por refulgente que resulte no deja de ser aniquiladora y autodestructiva. Más allá de la crónica sepulcra de los bestsellers de la España vacía, engordada por la consabida sección de rellenos oportunistas de algunas televisiones generalistas, los textos desde la literatura de María Sánchez, Basilio Sánchez, Olga Novo o Hasier Larretxea pueden ser una puerta a la esperanza para unos nuevos tiempos de creación y renacer. Nótese que casi todos ellos son poéticos, que apenas vemos novelas que no traten del pasado, el universo oscuro de lo rural y su soledad o sean un simple escenario de diversas tramas que no nos hablan de la realidad contemporánea de un mundo rural vivo

Los años venideros son difíciles para el mundo rural, tanto por la inercia de las lógicas económicas como por la apabullante hegemonía cultural e ideática de lo urbano. El porvenir de una ilusión que frene la devastación demográfica, que dé aliento a los pueblos, ha de librarse en una batalla que atienda a los frentes materiales e ideáticos, a las lógicas productivas y a los imaginarios de la buena vida, a la construcción del *self* y el prestigio personal en la era de la globalización.

